

«Pienso en lo que habría sido del pobre Platero, si en vez de caer en mis manos de poeta hubiese caído en las de uno de esos carboneros que van, todavía de noche, por la dura escarcha de los caminos solitarios, a robar los pinos de los montes, o en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan».

E insiste Juan Ramón en la hermosura de las gitanas, a despecho de su edad:

«Súbete aquí en el vallado, Platero. Anda, vamos a dejar que pasen esas pobres viejas...

Deben venir de la playa o de los montes. Mira. Una es ciega y las otras dos la traen por los brazos. (...) Mira qué despacito andan, qué cuidado, qué medida ponen las dos que ven en su acción. Parece que las tres temen a la misma muerte. (...) Son gitanas. Mira sus trajes pintorescos, de lunares y volantes. ¿Ves? Van a cuerpo, no caída, a pesar de la edad, su esbeltez. Renegridas, sudorosas, sucias, perdidas en el polvo con sol del mediodía, aún una flaca hermosura recia las acompaña, como un recuerdo seco y duro...»

Y no parece guardarles rencor a los gitanillos que corren detrás de él y de Platero:

«Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de Platero. Cuando, yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal con sol, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos, fuera de los harapos verdes, rojos y amarillos, las tensas barrigas tostadas, corren detrás de nosotros, chillando largamente.

– ¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!»

Pero en cambio es de una dureza implacable, como de agua-fuerte goyesco, cuando habla de los húngaros:

«La muchacha, estatua de fango, derramada su abundante desnudez de cobre entre el desorden de sus andrajos de lanas granas y verdes, arranca la hierbaza seca a que sus manos, negras como el fondo de un puchero, alcanzan. La chiquilla, pelos toda, pinta en la pared, con cisco, alegorías obscenas. El chiquillo se orina en su barriga como una fuente en su taza, llorando por gusto. El hombre y el mono se rascan, aquél la greña, murmurando, y éste las costillas, como si tocase una guitarra. De vez en cuando, el hom-

bre se incorpora, se levanta luego, se va al centro de la calle y golpea con indolente fuerza el pandero, mirando un balcón. La muchacha, pateada por el chiquillo, canta, mientras jura desgarradamente, una desentonada monotonía. Y el mono, cuya cadena pesa más que él, fuera de punto, sin razón, da una vuelta de campana y luego se pone a buscar entre los chinos de la cuneta uno más blando. (...)

– Ahí tienes, Platero, el ideal de familia de Amaro... Un hombre como un roble, que se rasca; una mujer, como una parra, que se echa; dos chiquillos, ella y él, para seguir la raza, y un mono, pequeño y débil como el mundo, que les da de comer a todos, cogiéndose las pulgas».

Y trayendo «el rumor del lejano bosque de Doñana, el misterio del pinar de las Ánimas, la frescura de las Madres y de los dos Frenos, el olor de la Rocina», también desfilan por *Platero y yo* las carretas del Rocío, «como lechos, colgadas de blanco, con las muchachas, morenas, duras y floridas, sentadas bajo el dosel, repicando panderetas y chillando sevillanas» y las alegres parejas de novios, ellos alegres, valientes ellas, en burros, mulas y caballos ataviados a la moruna y la crin trenzada. «Y el mayordomo -¡Viva la Virgen del Rocío! ¡Vivaaa!- calvo, seco y rojo, el sombrero ancho a la espalda y la vara de oro descansada en el estribo».

(Por cierto que en la edición crítica del libro, en Cátedra, Madrid 1980, el profesor Michael P. Predmore incluye esta nota a pie de página a propósito del Coto de Doñana: «El famoso cazadero de inmensa extensión, situado en la provincia de Cádiz, lindando con la de Huelva».

Me permito sugerir que la Diputación Provincial le envíe a Mr. Predmore un mapa del Coto, porque sabido es que los errores, una vez impresos, adquieren la manía de perpetuarse. Pero también es sabido que rectificar es de sabios).

Hay más forasteros, individualizados, en *Platero y yo*.

Hay «un mendigo nuevo, un portugués que va hacia las rozas, un ladrón acaso».

Y también un negrito, Sarito, el criado de Rosalina Brau, la novia puertorriqueña de Juan Ramón, Sarito que se escapó de Sevilla para torear por los pueblos, y venía de Niebla, andando, el capote al hombro, con hambre y sin dinero.

Y en la calle Nueva —luego Cánovas, luego Fray Juan Pérez— (ya vemos que los rebautizos en el callejero no son cosa de nuestros días), don José, el dulcero de Sevilla.

Y monsieur Dupont, el de las bodegas de San Juan del Puerto, que llegó un día a la casa de Juan Ramón, dejó sobre el velador de la salita unos billetes, y se fue con Lauro al corral, para enganchar el caballo Almirante a su *charret* y hacer así que enfermara el poeta.

Y Lucía, la muchacha titiritera del circo, de cabellera de fuego y unas finas piernas bellas, que alarga la malla gris.

Y anunciado a voz en grito por la chiquillería, el hombre de las vistas, con «una pequeña caja verde con cuatro banderitas rosas, [que] espera sobre su catrecillo, la lente al sol. El viejo toca el tambor. Un grupo de chiquillos sin dinero, las manos en el bolsillo o a la espalda, rodean, mudos, la cajita. A poco, llega otro corriendo, con su perra en la palma de la mano. Se adelanta, pone sus ojos en la lente...

– ¡Ahoora se verá... al general Prim... en su caballo blancooo...! –dice el viejo forastero con fastidio, y toca el tambor.

– ¡El puerto... de Barcelonaaaa...! –y más redoble.

Otros niños van llegado con su perra lista, y la adelantan al punto al viejo, mirándolo absortos, dispuestos a comprar su fantasía. El viejo dice:

– ¡Ahoora se verá... el castillo de la Habanaaaa! –y toca el tambor».

Y transitan también las calles moguerenas «el liencero de La Mancha con su fardo gris al hombro» y «el quincallero de Lucena, todo cargado de luz amarilla, sonando su tin–tan que recoge en cada sonido el sol», y Arias, el platero de Sevilla, que un día llega a la casa de Juan Ramón acompañado de un viajante de escritorio y despertando un fervor de entusiasmo en el niño que va para poeta:

«¡Qué embeleso de reglas, de compases, de tintas de colores, de sellos! Los había de todas las formas y tamaños. Yo rompí mi alcancía, y con un duro que me encontré, encargué un sello con mi nombre y pueblo. ¡Qué larga semana aquélla! ¡Qué latirme el corazón cuando llegaba el coche del correo! ¡Qué sudor triste cuando se alejaban, en la lluvia, los pasos del cartero! Al fin, una

noche, me lo trajo. Era un breve aparato complicado, con lápiz, pluma, iniciales para lacre... ¡qué sé yo! Y dando a un resorte, aparecía la estampilla, nuevecita, flamante. ¿Quedó algo por sellar en mi casa? ¿Qué no era mío? Si otro me pedía el sello —¡cuidado, que se va a gastar!—, ¡qué angustia! Al día siguiente, con qué prisa alegre llevé al colegio todo, libros, blusa, sombrero, botas, manos, con el letrero:

Juan Ramón Jiménez, Moguer».

Nos quedan ahora por censar los moguerenos con nombre y/o apellidos.

A algunos, la mención los identifica como taberneros: «Cada casa es, en cada calle, como una botella en la estantería de Juanito Miguel o del Realista, cuando el poniente las toca de sol». Tabernas donde Villegas se achicharraría el cuerpo con el coñac y el aguardiente, el pobre Villegas, el que se bebía de una vez el mismo cubo lleno de agua pura y fresquita del aljibe con el que Juan Ramón también le da de beber a Platero.

Otros son claramente familiares del poeta: Mamá Teresa (la abuela materna), Montemayor, la tita, María Teresa, Lolilla, Perico... o las criadas de su casa. Y «las criadas, que son una de la Friseta, otra del Monturrio, otra de los Hornos, oyen embobadas [a Granadilla, la hija del sacristán de San Francisco]. Cuenta de Cádiz, de Tarifa y de la Isla; habla de tabaco de contrabando, de telas de Inglaterra, de medias de seda, de plata, de oro». Luego sale taconeando y contoneándose, y las criadas se quedan comentando sus palabras de colores. «Veo a Montemayor mirando una escama de pescado contra el sol, tapado el ojo izquierdo con la mano...», sigue diciendo Juan Ramón: «Cuando le pregunto qué hace, me responde que es la Virgen del Carmen, que se ve, bajo el arco iris, con su manto abierto y bordado, en la escama, la Virgen del Carmen, la Patrona de los marineros; que es verdad, que se lo ha dicho Granadilla».

Y otra criada es la Macaria, la que enjabonaba cada mañana a Lord, el perro, la misma que le contaría a Juan Ramón que Pinito, el tonto, murió de una borrachera, en casa de las Colillas.

La Colilla y su hija, unas «buenas mozas blancas, iguales casi, vestidas siempre de negro», son las putas del pueblo, y su «nocturno campo de amor» lo tienen en una casa «blanca y azul, entre

las bodegas y los muros sucios que bordean el jaramago y la ortiga, y se diría que nadie vive en ella».

Y en la escuela «Doña Domitila –de hábito de Padre Jesús Nazareno, morado todo con el cordón amarillo, igual que Reyes, el besugero–. Y en la calle de la Ribera, la casilla de Arreburra, el aguador, con su corral al sur, dorado siempre de sol, desde donde Juan Ramón miraba Huelva, encaramándose en la tapia: y la hija de Arreburra, que entonces le parecía una mujer y que le daba azamboas y besos. Y en la iglesia el cura, de quien dice el poeta: «Nunca oí hablar más mal a un hombre ni remover con sus juramentos más alto el cielo».

Y con el cura el pobre Baltasar, su casero, con hernia testicular, «arrastrando por los caminos la quebradura, que parece el globo del circo, hasta el pueblo, para vender sus míseras escobas o para rezar con los pobres por los muertos de los ricos...»

Y también desfilan por el libro Purita, la costurera, y Lolilla, la tonta.

Y Aguedilla, la del arroyo de las Monjas, y Antoñilla, la de aquel traje dominguero con el que se escarrancharía, amazona de Platero, para cruzar el arroyo que venía crecido, y es entonces cuando dice Juan Ramón: «Cual una corona de rosas con espinas, el verso que Shakespeare hizo decir a Cleopatra, me ceñía, redondo, el pensamiento: «¡Oh caballo feliz de cargar con el peso de Antonia!»» (porque apuesto doble contra sencillo a que mentalmente Juan Ramón no tradujo el «Anthony» de Shakespeare como «Antonio»).

Y luego Mariano, el del naranjal, y Manolito Flórez, el que le daba al niño Juan Ramón chocolate en cuyos envoltorios venían estampas.

Y don Julián, tan viejo y torpe como la yegua que el Sordo lleva una mañana al moridero.

Y el Manquito, el mozo de los coches, y Raposo, el aperador, que ayuda a Juan Ramón a extraerle a Platero, de entre las quijadas, la sanguijuela llena y negra que lo atormenta.

Y Rangel, el guarda, y Pioza, el viejo guarda de viñas, borracho en el suelo de la era, tocando su caracol de cara a la luna, hora tras hora.

Y don Camilo, que pintaba palomos, y Modesto, el de la banda de música.